

Punto de vista

Hacen esta sección: **LIBROS:** Jorge Berlanga. **RITMO Y MELODIA:** Angel Casas. **TEATRO:** José Antonio Gabriel y Galán y Jaume Melendres.

TEATRO

Y ahora nos cantan la posguerra

La extrema derecha no para. Ha cogido la costumbre de alquilar varios teatros desde los que lanza su mensaje y, a juzgar por diversos síntomas, no debe irle mal. Hay varios «autores» que trabajan para la causa y entre ellos, por derecho propio, Vizcaíno Casas ejerce de papa Clemente en este Palmar inaudito de los nostálgicos del franquismo

Vizcaíno comenzó su exitosa carrera librezca con estas remembranzas de posguerra, al principio sazonadas con una vergonzante patina nostálgica y ahora ya enteramente entregado a la más burda propaganda política, en pleno ejercicio «oposición» a la democracia.

Por mucho que se lo crean, la extrema derecha jamás ha tenido en este país capacidad de creación cultural, gracia ni sentido del espectáculo. «Cantando los 40» es una buena prueba de ello, puesto que se presenta como la quinta esencia de los valores de los auténticos años franquistas.

Hablar de nostalgia o de melancolía a propósito de este revival acongojante, sería conceder unas categorías de sensibilidad que está muy lejos de poseer. Hablar de humor es confundir éste con la grosería zafia de quienes se hacen cruces ante la avalancha pornográfica que nos invade a partir de los supuestos más chabacanos que quepa imaginar. Basta un simple botón de muestra. Un inenarrable personaje que actúa de chica progre le ofrece un porro a Marujita Díaz y ésta res-

ponde: «Prefiero una buena porra».

¿Y qué fue la España de los 40 que nos narra Vizcaíno? Elementos tan originales y definitivos como el gasógeno, la vaca lechera, el cocidito madrileño, el topolino, el nodo, la malta, los toreros, el gol de Zarra, Franco por encima de todo y la «banderita española». Esta es la visión de España de la extrema derecha. ¿Quién puede extrañarse de que nos sintamos avergonzados ante imagen tan pestilente de nuestro país?

La representación de este bochornoso espectáculo ni que decir tiene que constituyó un fervoroso acto de adhesión a Franco y a todo lo que representa. Esta obra de teatro musical ya la hemos visto en numerosas ocasiones. De puro repetida, pierde eficacia propagandística. La filosofía es evidentemente barata: esto de ahora es un caos, lo bueno era lo de antes. Y, claro está, hay gracias peculiares a costa

de Carrillo, Suárez, el Ayuntamiento y porque no pueden llegar a más.

Marujita Díaz canta los números musicales de la época de manera anodina, además de otras canciones procaces que no cuadran en quien representa el papel de novia de España, la España eterna, imperial, nacionalsindicalista, esa España que pone los pelos de punta a unos por unas razones y a otros por otras.

José Antonio Gabriel y Galán

«Cantando los 40».

Autor: Fernando Vizcaíno Casas. Intérpretes: Marujita Díaz, Andrés Magdaleno, María Casal y otros.

Teatro: Muñoz Seca.



Panorama desde el año cincuenta

Algo está pasando para que se vuelva al teatro de los años cincuenta, época en que los americanos lanzaron un nuevo tipo de teatro de estilo social-realista que hizo fortuna en todo el mundo. Cuando este teatro parecía enterrado por el paso del tiempo, parece que vuelve a imponerse. No me atrevo a interpretar la significación de este fenómeno, que podría resultar un arma de doble filo.

En cualquier caso, el Arthur Miller de «Panorama desde el puente» a mí personalmente me ha parecido vetusto y pasado, aunque es imposible no reconocer la redonda perfección de la obra y la pasión que contiene. Miller hacía un teatro sin una sola fisura, con una sabia dosificación del ritmo dramático. Nadie va a discutir su gran aportación al teatro contemporáneo y, sin embargo, tengo la impresión de que ha resistido peor el paso del tiempo

El sueño de unas noches en exilio



José Bódalo y Montse Carulla

que, por ejemplo, Tennessee Williams.

José Luis Alonso ha montado la obra con una extraordinaria fidelidad a la época. Ha realizado un «revival» con todas las de la ley. Realismo a machamartillo. Cuando los personajes cenan, cenan de verdad, en tiempo y circunstancias reales. Es casi una puesta en escena hiperrealista y, desde esa óptica, su trabajo es magnífico. Controla todos los resortes, mantiene un gran sentido del ritmo y ha dirigido muy bien a los intérpretes. Todo obedece a una pura perspectiva realista en la que lo menos brillante es quizá el espacio escénico.

En la década de los cincuenta e incluso en buena parte de los sesenta, esta obra y este montaje hubieran provocado mi entusiasmo. Hoy, sin restarle méritos a una y a otro, debo reconocer que me deja un poco indiferente.

Pero es probable que el público no opine lo mismo que yo, porque parece seducido por la innegable fuerza del texto y de la interpretación. Lo cual significa que el público sigue anclado en una estética de hace veinticinco años. Ahora todos vuelven los ojos hacia la música, el teatro, la poesía, la moda de los años cincuenta. ¡Ah, aquello sí que era arte!

Me pregunto, a la vista de este «Panorama desde el puente», sobre la vigencia de tal

proposición. ¿Podría José Luis Alonso haber intentado otra visión del texto de Arthur Miller, que nos lo hubiera hecho más nuestro, más actual? ¿O habrémos de seguir admirando la solidez de una obra ya de museo?

Estas reflexiones son igualmente válidas para la interpretación en general y, en particular, para el trabajo de José Bódalo en el papel de Eddie Carbone. Bódalo está espléndido de ese punto de vista realista que le han marcado y en el cual es maestro. Se trataba de jugar con la emoción interior y la emoción de los detalles y, sinceramente, borda la tarea. Pero probablemente se deja llevar por un exceso de sentimentalismo que, en el fondo, no sería sino una concesión al espectador.

**José Antonio
Gabriel y Galán**

«Panorama desde el puente».

Autor: Arthur Miller.

Adaptación y dirección: José Luis Alonso.

*Intérpretes: José Bódalo, Mari-
lina Ross, Montserrat Carulla,
José Luis Pellicena, Javier Redondo,
Miguel Criado, Francisco Hernández,
Pedro Arbo, Enrique Closas,
Manuel Troncoso y José Soriano.*

Teatro Marquina.

Cuando se suspendió la primera vista del proceso contra Joglars, por incomparecencia de Albert Boadella y de Ferran Rañé, se produjo uno de los mejores gags de la historia del mundo. Salió el cabo de guardia y gritó a los profesionales del teatro y del arte que estábamos allí reunidos: «Todos a su destino». Los grises nos empujaron con megáfonos absurdos. Y en aquel mismo momento, sin que nadie lo supiera, los dos prófugos iniciaban distintas singladuras. «M-7 Catalònia» y «D'aquí a cent anys tots calvos». «Joglars» y «Tossal-Teatre». Los del «Tossal» (la colina) están ahora en la Villarroel.

La química de «D'aquí a cent anys tots calvos» es sencilla. Tómese a un Joglar y móntesele por vía militar un proceso que, además de atentar contra su libertad personal, atenta contra la de expresión. Lógrese, luego, que el susodicho actor traspase la frontera clandestinamente. Añádasele una ración de actriz (Elisa Crehuet) que también tiene oficio. Déjese a ambos sueltos en mitad del campo, cerca de una autopista gala.

Basta con que se alejen los miedos carcelarios (gracias a la distancia, que es casi un olvido), para que las personas vuelvan a ser profesionales. Al cabo de cuarenta y ocho horas —menos que un habeas corpus de lo más normal—, Rañé y Crehuet habrán congregado a su alrededor a otros enfermos del teatro.

Poco importa que los demás no sepan. En materia teatral, siempre hay que empezar de nuevo. Una primera piedra es siempre arena movediza. Se enseña al que no sabe. ¿Cómo?

«D'aquí a cent...» es algo así como una historia del teatro. Uno empieza reproduciendo lo que ve, el propio entorno: el padre, la madre, los vecinos. En este caso el entorno es una au-

topista de peaje. Y ahí está el inicio del espectáculo: «nos vamos a reír de la autopista que grita día y noche». Coches que pasan, coches que se estrellan; gentes que los habitan, que mueren en ellos sin vivir en sí.

Los del «Tossal» reinventan gags más antiguos que Broadway, más eternos que Arlequín y compañía. Hay que admitir que, como crítica al mundo del motor, Cortázar y Godard han ido mucho más lejos. Los de «Tossal-Teatre» no logran superar la parodia más elemental, casi pueril: todo ciudadano será estúpido por el mero hecho de circular por la A-17. A veces hay hallazgos felices. Otras, se cuenta con la buena disposición del público de hoy. Durante las crisis económicas e ideológicas, siempre ha sido fácil hacer reír al ciudadano.

Pero llega un momento en que ya no basta caricaturizar al vecino. Y entonces el teatro se refina, se aventura en otro terreno: ligado también a la experiencia personal pero más elaborado. Este patrimonio común e irreversible que llamamos «pasado», «adolescencia» o «niñez».

La segunda parte del espectáculo es, simplemente, un



«D'aquí a cent anys...»

desfile de fantasmas. De viejas represiones transformadas en nostalgias. He aquí el mecanismo de la represión poetizada. Se abandona el chiste de actualidad para acercarse a la columna vertebral del mundo. Escuela. Religión. Música de sexos. La concavidad y la convexidad. El ser y el estar. El querer y el poder. La oferta y la no-demanda. To me or not to me.

Esta parte es mucho mejor que la primera porque trabaja a segundo grado. Se acerca a lo teatral, que es siempre un terrible tercer grado. Hay más osadía en la reproducción artística del pasado que en el presente artísticamente reproducido. Esa parte se aproxima mucho a la asociación de ideas, a la escritura automática de los surrealistas. Es un camino digno de exploración.

Técnicamente es flojo. Vive de otras rentas. No quiere decir nada. Nada puede decir. No hay «mensaje» alguno. ¿Collage de amarillentas fotos? Más bien «body-art», si no se le puede llamar body-recuerdo.

Es un espectáculo repleto de impurezas teatrales, pero vital. He aquí su mayor atractivo. Al igual que la obra de Joyce, debería llamarse «Exiliats».

Jaume Melendres

Título: «D'aquí a cent anys tots calvos».

Estreno: Sala Villarroel, de Barcelona.

Intérpretes: Pep Armengol, Elisa Crehuet, Joan Dupont, Pepa López, Miguel Rañé.

Coordinación: Ferran Rañé.

LIBROS

Haz el reportaje y corre

Para enterarse de cómo andan los tiempos que corremos, una de las novelas más marchosas y entretenidas que se han editado últimamente. Carreras, ritmo trepidante y una América que se descompone.

Si Michel Leiris consideraba la literatura como una tauromaquia, donde cada frase, cada párrafo, es un quite de muleta que juega con el peligro real de la cornada, Hunter S. Thompson considera el periodismo como una carrera de **crashers** (pilotos suicidas que estrellan sus coches, destrozan los de sus rivales, saltan por rampas y arriesgan en general su vida para aprender a distinguirla de la muerte), y también como una incursión entre los pieles rojas, una batalla junto a los ángeles del infierno, un despertar de droga en medio de Harlem... Ya sabemos que el «nuevo periodismo» impone a sus acólitos unas, ejem, casi tóxicas premisas de visión subjetiva, crítica descarada, sensibilidad puesta al día y todas esas cosas. ¿Pero qué exige el periodismo «gonzo» al periodista ídem? Lo primero, ser Hunter Thompson, claro, que para algo es inventor del método y único representante en la Tierra. Lo segundo tomar la cantidad suficiente de alcohol, alucinógenos, o cualquier otra sustancia espiritosa como para adquirir un estado más o menos permanente de hipersensibilización convulsiva. Lo tercero, lo cuarto, y así hasta el infinito, es una confluencia de factores tan inabarcable como América misma.

Miedo y asco en Las Vegas cuenta el viaje de Thompson y su abogado a la dorada ciudad para cubrir la información de una carrera de motos. Este pretexto mínimo les va a conducir, en un lujoso automóvil alquilado, completamente repleto de todo tipo de drogas, a una salvaje incursión en el corazón paroxístico de Norteamérica. Absolutamente pasados, sube que te baja con la trepidación química de sus cabezas, juegan con un vago proyecto de hallar el Sueño Americano. Pero el Sueño Americano hace ya tiempo que murió para dejar paso al insomnio permanente, alimentado de anfetaminas, de la fauna dispar de mesas de juego, salas de fiesta, hoteles y celdas de comisaría que pulula habitualmente por la ebriedad frenética de luces y repiqueteo de tragaperras que suponen Las Vegas.

Naturalmente, no hay rastros

del Sueño Americano (una camarera piensa que es una discoteca que hay unas calles más arriba), pero la pesadilla está por todas partes, amplificada por las cantidades ingentes de alucinógenos que tanto Hunter como su abogado se meten en el cuerpo y las inevitables caras de vampiros de transeúntes y porteros de club.

Bueno, la carrera de motos ni la ven siquiera, destrozan sus habitaciones, acumulan cuentas exorbitantes que naturalmente no pagan, alquilan nuevos coches, aún más lujosos (Thompson es especialista en manejar un sinfín de tarjetas de crédito falsas) y, ¡paradojas del destino!, reciben el encargo por parte de **Rolling Stone** de realizar un reportaje sobre una convención de políticas de estupefacientes que se celebra en la ciudad.

En fin, las situaciones son tan inverosímiles, incoherentes y alucinadas como la vida misma. Piénsese además en algo tan real como una Magnum 357 danzando por ahí; en seudónimos e improvisaciones teatrales continuas para salvarse de dar con los huesos en la cárcel; un ritmo tan trepidante que no te deja descanso y te obliga a leer el libro de un tirón, con ojos ansiosos y manos aferradoras (casi da pena soltarlo cuando se acaba).

Es una de las novelas más entretenidas y marchosas que se pueden leer últimamente por aquí y difícilmente se podrá uno enterar mejor que con ella de cómo andan los tiempos que corremos, de la decadencia de una sociedad embriagada de su propia desintegración y del desencanto de una determinada generación que aún pensó durante los años sesenta que podían hacer algo.

Periodismo o literatura, el Gonzo es una marca de la que se puede uno fiar. Esperemos que se sigan publicando por estas tierras los distintos horrores y ascos de Hunter S. Thompson, sus aventuras con los **Hell Angels**, los políticos, los futbolísticos, etcétera. Para recreo de nuestras paranoicas neuronas.

Jorge G. Berlanga

Hunter S. Thompson: «Miedo y asco en Las Vegas». Star Books. Barcelona, 1979.